

La constante política en Miguel Otero Silva

Jesús Sanoja Hernández

Miguel Otero Silva fue, en el momento del estallido, típico representante de la generación del 28. Tenía veinte años, los mismos que llevaba en el poder el dictador Gómez y los mismos que contaban sus compañeros de la Universidad: Rómulo Betancourt, Jóvito Villalba, Inocente Palacios.

Para el momento de los sucesos estudiantiles, ya había reventado, aunque románticamente en el plano político y con sello vanguardista en la literatura, la inquietud juvenil. Otero Silva había escrito piezas humorísticas para la revista Caricaturas, con el seudónimo de Miotsi, y en una de ellas trataba el fin trágico del proceso Sacco y Vanzetti. La Universidad, otro órgano de los muchachos de San Francisco, había dado cuenta, entre líneas, del heroico Sandino. Y las voces iniciales contra el imperialismo comenzaban a salir de los labios de quienes inauguraron el año con los ejemplares de Válvula en la mano.

El estudiante de boina azul

Miguel fue al Castillo Libertador, por varias semanas, como decenas de sus compañeros. Allí él y otros descubren su vocación antigomecista que pronto en algunos se convertirá en antimperalista, en condena frontal a quienes habían invadido a Nicaragua, siguiendo la ruta de Mc Kinley y Ted Roosevelt, y ya eran realidad inversionista en Venezuela, a través de las compañías petroleras.

Al salir de Venezuela y estacionarse en Curazao, como Betancourt, Miguel Otero simpatiza con el PRV (Partido Revolucionario Venezolano, fundado en México por Salvador de la Plaza y Gustavo Machado, entre otros), pero mientras el primero rompe casi al instante, al producirse polémica entre el y los del periódico Libertad en torno “al papel de los estudiantes en la Revolución”, el segundo permanece al lado de los que en el Congreso de Bruselas se han definido contra el reformismo de Haya de la Torre por un lado y contra el imperialismo, manteniendo como baluarte continental la Liga Antimperalista de las Américas, por el otro.

Guerrillero en Falcón

En Curazao –así el panfleto salgo publicado en Santo Domingo- Otero Silva colabora con Betancourt en la redacción de un capítulo y de las anotaciones finales de En las huellas de la pezuña, folleto en que el futuro ideólogo del Plan de Barranquilla y de AD, y también miembro del comunismo costarricense, ataca ferozmente al gomecismo y sus círculos de intelectuales.

Pero Miguel va más allá. Al enterarse de que quienes han asaltado la fortaleza curazoleña son revolucionarios venezolanos, se dirige al barco que han capturado para invadir por las costas de Falcón. Ahí reconoce a Gustavo Machado, jefe político de la expedición, y ve a Urbina, jefe militar, no en razón de los propósitos invasionista, ni la plataforma ideológica que compartiera, sino de su conocimiento del terreno falconiano.

Divergencias con el Plan de Barranquilla

La incursión fracasa y mientras Machado y Urbina atraviesan la carretera Trasandina y luego, en parte a pie, se desplazan de Cúcuta a la costa colombiana, Otero Silva es

acogido en casa amiga, viaja a Caracas y torna a salir al exterior. El turno ahora es Francia, donde en aquel momento la xenofobia estaba en punto más alto que el tradicional, por lo que decide trasladarse a Cataluña. Así pasa un año que él calificó cierta vez de imborrable. Y nuevamente Francia y, por añadidura, Bélgica y otra vez España, donde trabaja en los borradores de Fiebre y prologa el folleto de Gustavo Machado El asalto a Curazao, crítica a los caudillos y autocrítica por la expedición de tipo garibaldina.

La reubicación de 1936

El resto del exilio lo pasa en Trinidad y, finalmente, muere Gómez en su cama de Maracay. Todo había sido inútil, tanto por parte de los caudillos antigomecistas como por parte de los nuevos profetas anticaudillistas. Pero ¿de verdad inútil?

Los jóvenes de las aventuras en el exterior comienzan a juntarse en Venezuela y a formar masa con los que habían quedado en el interior, fundando células comunistas, yendo a La Rotunda o pudriéndose en el castillo Libertador. Quienes estaban con Betancourt fundan así ORVE y quienes simpatizaban con el comunismo se refugian en el Partido Republicano Progresista, salvo Gustavo Machado y de La Plaza que no podían hacerlo por ser reconocidos como los padres del comunismo y los del Zulia, agrupados en el Bloque Nacional Democrático.

Tras la huelga política de junio del 36, la idea del partido único de las izquierdas (¡el famoso PDN!) cuaja en el ánimo de los nuevos, pero ya el lopecismo ha dado el vuelco definitivo hacia la represión.

El periódico Lopecista

MOS queda como responsable del periódico que debía editar el PDN, con el nombre de El Popular, ya estrenado por los perrepistas. Pero la huelga petrolera, a la que elogia como jornada ejemplar, no sin recordar el curso imperialista que en Venezuela comenzó con las banderas de los acorazados Maine y North Caroline y se consolidó con los trusts petroleros. Sus poemas pasan, durante el conflicto gigantesco, de boca en boca. Ardía un país antes desconocido.

En febrero y marzo el lopecismo neogomecista descarga las baterías represivas y no sólo disuelve partidos y organizaciones, sino que elabora una lista de 47 venezolanos entre quienes figura Miguel. La acusación: ¡comunistas, voceros de una doctrina exótica y totalitaria! Pero en la lista, al lado de Gustavo Machado, Salvador de La Plaza y otros reconocidos marxistas-leninistas están Betancourt, Jovito Villalba, Hernández Solís, Gonzalo Barrios, Inocente Palacios, que no lo eran.

Destierro en México: “Fiebre”

MOS; como Betancourt, no es expulsado en el Flandre, pero saldrá después de la celebración de la Primera Conferencia del PCV, realizada en agosto, Maracay. En México cardenista ha sido publicado ya Agua y Cauce, poemas revolucionarios, y pronto saldría su primera novela, Fiebre, viva reproducción colectiva del fenómeno estudiantil y guerrillero de 1928-29. En aquella misma ciudad, estremecida por la nacionalización petrolera de 1938, Carlos Irazábal y Salvador de La Plaza publican sus primeros ensayos y se prepara a hacerlo igualmente Miguel Acosta Saignes, mientras Carlos Augusto León abre solemnemente las puertas de la poesía.

Miguel Otero enrumba luego hacia Estados Unidos y Cuba, país por el que sentía admiración inigualable y en la que dejaría grandes amigos como Nicolás Guillén y Carlos Rafael Rodríguez, vivos aún, y Juan Marinello y Alejo Carpentier, ya desaparecidos.

“El Nacional” como empresa pluralista

Los años 40 son los del afianzamiento periodístico de Otero Silva con El Morrocoy Azul, plano humorístico, Aquí Está...!, plano político-ideológico, y El Nacional o el goce de la aventura por la aventura misma, al fin establecida como una institución homogeneizadora de la democracia y el pluralismo, sin excesiva retórica proclamativa. También son los de militancia en Unión Popular y el Partido Comunista, que en 1945 se divide, por lo cual él queda ubicado en un tercer grupo –el grupo NO- que auspicia la unidad, efectuada en 1946. Al comenzar la década del 50 Miguel Otero se aparta de la política partidista, aunque decide conservar para siempre, y lo cumplió, una independencia creadora, estimulante del proceso democrático y a la vez moldeado por lo más rico del pensamiento marxista.

Hombre-Congreso: 1963

Llega al Congreso Nacional, al iniciarse la no concluida etapa de la democracia representativa y allí impulsa la creación del Inciba y un entendimiento sin rendición entre el gobierno de Betancourt y la izquierda en armas, con motivo del momento culminante de la prisión de los parlamentarios, acaecida el 30 de septiembre de 1963. Pero su papel de hombre-Congreso estaba destinado al fracaso como lo estuvieron sus esfuerzos para evitar que el PCV y el MIR, pero sobre todo el primero y los más jóvenes, cayeran en la trampa bakunista de la acción individual y la desviación anarquista.

A poco de iniciarse el gobierno de Leoni, quien era primo suyo, pronunció un discurso en el Concejo Municipal, con motivo del “Día de la Juventud”, donde reiteró esta obsesiva pasión rectificadora. En vano.

El documento de los 59

Fue Miguel Otero, con valiosa ayuda de José Ramón Medina y un entorno de amigos prominentes, quien concibió el “Documento de los 59”, hecho público días antes del infausto suceso de El Cafetal, atribuido equivocadamente por el gobierno al extremismo, tal vez porque eran días en que no había pausa y se veía guerra a muerte por todas partes.

Aquel fue un material de trascendencia y de no haberse cruzado aquel hecho tal vez se hubiese abierto la posibilidad de un entendimiento digno y a tiempo, sin tener que esperar autocríticas tardías y arrepentimientos estériles, pasada ya la hora del viraje que se pedía a gritos.

En 1967-68, como me consta día por día, encaminó su propósito hacia el logro de un frente amplio y democrático, de concertación de las fuerzas opositoras de centro e izquierda, y con un candidato de primera línea. Su casa fue el refugio de los buscadores de esa fórmula cuya finalidad era impedir una alteración entre dos partidos, AD y Copei, que a la postre se expresaría en las polarizaciones.

La Nueva Fuerza y la unidad

Así cruzó, nuevamente empeñoso, el otro tramo, como figura aglutinadora entre los independientes de la Nueva Fuerza, cuya candidatura se negó a aceptar. Su discurso del 29 de julio de 1972 fue realmente memorable y se pensaba que una tercera alternativa tendría opción en el país político. Pero la división, que siempre tiene consecuencias más funestas que causas justificables, volvió a cernirse en el campo de las fuerzas opositoras.

¡Y Miguel no cejó!. Perfiladas las elecciones del 78, en unión de un grupo de numerosos independientes, propuso nueva fórmula e incluso barajó nombres para que cada una de las fuerzas que presuntamente integraría ese bloque unitario quedara satisfecha. Otra vez la decepción. Sus iniciativas, llena de desinterés, chocaban siempre con algún pretexto contingente, unas veces provenientes de este campo, otras veces del que hacía de rival en la disputa por la hegemonía.

Ni que decir que lo mismo acaeció en 1983. Con gran esfuerzo, aceptó hablar en el mitin de clausura de José Vicente Rangel, y digo con gran esfuerzo porque le costó mucho saberse en los finales de su vida y no haber logrado la convergencia de las fuerzas en las que apasionadamente creía.

Una partida con orgullo

Con Miguel Otero Silva ha desaparecido uno de esos independientes agigantados que a la política no le han pedido más que la oportunidad de servirle con desprendimiento. Fue de esa categoría excepcional de hombres que, sin ceder posiciones y esperanzas que le eran caras, dejó en el campo ideológico y político que no le era afín, amigos inestimables.

Se fue, orgullosamente, con su Premio Lenin de la Paz, y con su idea –centralizada por su maestro y amigo Gustavo Machado- de erigirle el monumento a Sandino. Se fue con la Orden José Félix Varela, que Fidel Castro le prendió del pecho no hace mucho, y con una obra, La Piedra que era Cristo donde entrevió la confluencia liberadora del marxismo y la prédica de Jesús.

©El Nacional
29-08-1985